

SUMARIO

Los éxitos navales del almirante Togo y las cualidades de la raza, por J. A.—*Economía y esplendidez*, por El Capitán Subrio Escápula.—*Consumo, dotación y abastecimiento de municiones de la artillería de campaña*.—*Reglas sobre el uso de los aeroplanos*.—*La infantería montada en Inglaterra*.

BIBLIOTECA

Pliego 45 y láminas 1 y 2 de «Geografía Militar de Marruecos», por D. Antonio García Pérez.

LOS ÉXITOS NAVALES DEL ALMIRANTE TOGO Y LAS CUALIDADES DE LA RAZA

Rusia y Japón han publicado por fin la historia oficial de la contienda que libraron en el Extremo Oriente, y aunque no están conformes las dos en ciertos detalles y menos aun en las apreciaciones y juicios, se encuentran en dichos libros interesantes enseñanzas. Llama desde luego la atención que la relación del Estado Mayor ruso concede más importancia á las operaciones terrestres que á las navales, bien que unas y otras formen estudios hasta cierto punto independientes; mientras que en la relación japonesa se observa un mayor cuidado, una especie de cariño, algo que indica preferencia, en la parte naval de la guerra. Esto confirma que los aciertos japoneses tuvieron lugar en el mar, y que la marina de guerra es en Japón una institución que encaja perfectamente en las costumbres y modo de ser de aquel pueblo. Rusia, por el contrario, siente más simpatías por el ejército que por la marina. Ni uno ni otro hecho tienen nada de sorprendentes, antes bien se acomodan á la naturaleza de las cosas, pues siendo Japón una Potencia insular su principal fuerza ha de residir en la flota, mientras que Rusia, como gran nación continental, ha de apoyarse en un fuerte y numeroso ejército.

Durante aquella memorable campaña y después de terminada, nos hemos ocupado en la misma con grande expansión, y hemos llamado la atención de nuestros lectores acerca de los errores, muchos de ellos voluntarios, en que incurrió la prensa militar extranjera, que posteriormente ha ido rectificando su modo de ver las cosas hasta darnos la razón en casi todos los puntos que oportunamente sostuvimos. Sin volver sobre tales extremos, nos limitaremos ahora á resumir en una breve síntesis el plan

de campaña y los incidentes más desconocidos de las operaciones en el teatro marítimo de la guerra.

El programa señalado al almirante Togo, desarrollado admirablemente por éste, era esencialmente defensivo. Teniendo los rusos una línea de comunicación terrestre con su base de operaciones, la pérdida de su escuadra les perjudicaría muchísimo por dejar libres las manos á sus enemigos, pero no les privaría de recibir un hombre ni una caja de cartuchos. Rusia no siendo desde el primer momento la más fuerte en el mar, se veía obligada á resolver la guerra en los campos de la Manchuria. Para los japoneses, la primera necesidad era mantener aseguradas las comunicaciones marítimas con su país; sin ellas, ó si fueron cortadas, los ejércitos de desembarco se verían fatalmente condenados á perecer, acabarían por ser deshechos á la larga, por muchas victorias que alcanzaran en el primer periodo de la guerra. Se imponía por consiguiente el conservar las unidades navales disponibles, por si más adelante Rusia conseguía enviar sus escuadras de reserva á los mares del Oriente. Una victoria naval, obtenida á costa de la pérdida de algunas unidades, al principio de la guerra, nada hubiera resuelto para Japón, toda vez que más tarde se habría notado su inferioridad con respecto á las demás escuadras rusas. No cabía, por consiguiente, otro plan que el de mantener encerrada á la flota rusa en Port Arthur, sin que para ello se arriesgaran demasiado los barcos de combate, y procurar destruir los acorazados y grandes cruceros enemigos valiéndose de las pequeñas unidades y de los torpedos, sin exponer los grandes barcos.

Ese plan fué llevado á cabo con una perseverancia y una habilidad casi insuperables. La misión de Togo se complicó extraordinariamente después de los desastres que su flota padeció el día 15 de mayo de 1904. El Hatsuse y el Yashima, dos de los seis acorazados de combate japoneses, se hundieron en el mar á consecuencia de la explosión de minas submarinas fondeadas por los mismos japoneses delante de Port Arthur; el mismo día, el crucero de segunda clase Yoshino fué abordado por el Kasuga y desapareció bajo las aguas; y el cañonero Tatsuda encalló en la costa de las islas Elliot, dejando de prestar servicio durante más de un mes. En la noche del 16 del mismo mayo, el destroyer Akatsuki se fué á pique por la explosión de otra mina japonesa. Esos desastres, que si hubieran sido conocidos por los rusos tal vez hubieran cambiado el curso de la guerra, por inducirles á presentar la batalla al almirante Togo, impusieron más prudencia en las operaciones, y constituyen un ejemplo elocuentísimo de lo necesario que es el secreto en las operaciones militares. Nada de lo acaecido el 15 de mayo se traslució al exterior, y los japoneses dieron el ejemplo admirable, único en la historia militar, de ocultar á todos, aquellos hechos de tantísima trascendencia; hasta mucho tiempo después, luego de terminada la guerra, no se supieron dichos accidentes.

Como consecuencia de la debilitación de la flota japonesa, Togo hizo que menudearan los ataques de destroyers y torpederos, siempre con escaso ó ningún resultado, hasta el punto de haberse demostrado en aquellos días que las unidades de combate son las únicas verdaderamente temibles y que no hay que poner grandes esperanzas en las demás.

No despejada la situación y estando los japoneses siempre bajo la amenaza de que llegaran nuevas escuadras rusas, se guardaron mucho de comprometer sus fuerzas en la batalla que tuvo lugar en el mar Amarillo; cierto es que los rusos salieron de ella bastante malparados, pero también los japoneses hubieron de lamentar serias averías en el Asaki, Mikasa y Shikihima, hasta el punto que se redujo á poco más de la mitad el número de sus cañones de grueso calibre que pudieron continuar haciendo fuego al cabo de una hora de haber sonado el primer cañonazo. Indudablemente, la muerte del almirante ruso á consecuencia de un disparo japonés, influyó de un modo decisivo en que se retirara y aun dispersara la flota rusa, cuando precisamente el almirante Togo iba á dictar la orden de retirada.

Reducida á la impotencia la flota de Port Arthur, todas las energías de Togo se concentraron en poner á sus barcos en las mejores condiciones para la batalla que iba á empeñarse contra la escuadra rusa de reserva. A este efecto, Japón dió de nuevo otra sorprendente prueba del secreto en que sabía mantener sus preparativos, ocultando y despistando á todo el mundo acerca del lugar en que se habia encerrado la escuadra, á pesar de ser aquellos mares muy frecuentados. Esto y la larga y persistente práctica de fuego á que se entregaron los barcos durante el largo periodo que transcurrió hasta la llegada de la escuadra rusa de reserva, influyeron en el resultado de la batalla del mar del Japón, tanto como el mal estado y la falta de homogeneidad de la flota rusa. Pero si Togo supo ser prudente y cauto mientras se conservó potente la escuadra de Port Arthur, y rehuyó los combates en cuanto estuvo en su mano, una vez reconocida la necesidad de empeñar á sus barcos en un combate decisivo no vaciló un momento en arriesgar todas sus fuerzas, y desde que se presentó á tiro el enemigo acortó las distancias de combate y entabló un duelo á muerte que terminó con una victoria sin precedentes.

Apenas se concibe que un almirante de la raza blanca pueda imitar en casos parecidos la admirable conducta del caudillo japonés, prototipo del jefe sin nervios y sin impacencias, y dotado de una fuerza de voluntad á toda prueba; pero aunque se encontrara un hombre blanco de las mismas dotes que Togo, seguramente no tendría á sus órdenes una tripulación que llevara el cumplimiento de sus deberes á tan alto grado, en lo relativo al secreto, á la discreción, á la reserva; porque no hay que olvidar que en los millares de hombres que tripulan los barcos es imposible evitar que haya unos cuantos que divulguen sin darse cuenta lo que no conviene que se sepa.

Muchos de los éxitos obtenidos en tierra, y todos los alcanzados en la guerra naval, fueron pues hijos de las cualidades de la raza, cualidades insuperables desde el punto de vista que comentamos. Pero ya que en Europa no podemos llegar á este grado de perfección, procuremos aproximarnos á él, mediante la disciplina, la obediencia y la confianza en el superior, obtenidas por todos los medios de que dispone el mando.

J. A.



ECONOMÍA Y EXPLENDIDEZ

En el curso de la vida ordinaria se ve muy á menudo que por no poder disponer un infeliz de dos pesetas á tiempo, se encuentra en la necesidad de gastar cinco más adelante, sin provecho ó, por lo menos, con menor provecho que el gasto oportuno le reportaría. Esta es la historia de todos los pobres, trátase de individuos, trátase de naciones.

Nuestros sueldos son escasos, más que eso, insuficientes, se oye decir, con harta razón por desgracia, todos los días, y así lo reconoce unánimemente la opinión. Y paralelamente á esa escasez de los sueldos, somos espléndidos, acaso más que ningún otro país, siempre relativamente, es claro, para retribuir lo que se considera servicios extraordinarios.

Ante todo, empiezo por declarar que cuantas gratificaciones, aumentos de sueldo, indemnizaciones, etc., figuran en el presupuesto de la guerra están más que justificados, y que por consiguiente no es de lamentar que se concedan, toda vez que lo lamentable es que no puedan ampliarse y extenderse á todos; lo único que pretendo hacer notar es que no hay unidad de criterio en la concesión de suplementos por diferentes conceptos y el señalamiento de los sueldos ordinarios á la generalidad.

Comenzemos por los devengos de las guarniciones de las plazas africanas, Canarias y Baleares. Tales suplementos no obedecen realmente á un mayor encarecimiento de la vida en aquellas guarniciones, por lo menos en los términos que supone el aumento de sueldos, ni tampoco á lo penoso del servicio en algunos puntos, toda vez que si bien en varios de ellos el servicio es extraordinario, nunca lo es tanto como en campaña y para caso de guerra hay señalados pluses determinados. En gran parte debe atribuirse el aumento referido á ser forzosa la permanencia fuera de España y obligatorio el tiempo de permanencia en aquellas guarniciones.

Con respecto á estos hechos hay que observar que no todos los oficiales que residen en la Península se encuentran en las poblaciones donde desearían servir, y que muchos de ellos están tan forzosamente—si es que esta palabra puede emplearse tratándose de servicios militares—en los puntos donde sirven como otros fuera del continente. En segundo lugar hay no pocas poblaciones españolas donde la vida resulta mucho más ca-

ra que en Ceuta, Melilla, etc., y algunas en las que el servicio es más duro que allende el mar. De modo que el oficial que contra sus deseos y perjudicándose tal vez en sus intereses privados, se encuentra en la Península en una población cara, de mucho servicio y en la que no reside por su voluntad, se encuentra en peores condiciones á todas luces que su camarada de fuera de la Península á quien tales privaciones se le compensan de algún modo.

Esta desigualdad, que no soy el primero en descubrir, podría desaparecer con solo plantear la cuestión de un modo general, en lugar de resolverla atendiendo á limitados puntos de vista. Si los sueldos son suficientes para la vida del oficial, no deben haber unos mayores que otros; pero como ésto no es cierto, hay que dar otra forma al planteo: siendo los sueldos insuficientes y no pudiendo el Tesoro aumentarlos convenientemente, debe procurarse igualar las condiciones de vida de todas las guarniciones, y á este efecto ha de fijarse una gratificación ó indemnización de residencia, variable con la población y en armonía con el régimen económico que en ella impere. Así se resuelve esta cuestión en el extranjero y así parece que debemos abordarla también nosotros. De suerte que no hay que ir á la disminución de los sueldos de las tropas que los disfrutan mayores, sino á variar el concepto por el cual los tienen concedidos, dejando bien sentado que es por residencia y como primer paso de una medida que ha de extenderse á todas las guarniciones que realmente lo requieran. En ello resplandecería un innegable espíritu de equidad y en pocos años conseguiríamos dar cima al problema de los sueldos, con la ventaja de no aumentar las cargas del Tesoro en su aspecto de pensiones de retiro, etc., hasta que la situación más desahogada del Erario público consintiera acometer de frente y definitivamente el necesario aumento de los sueldos. Pero aún entonces sería menester mantener las gratificaciones de residencia, reduciéndolas empero á los términos puramente indispensables para evitar toda desigualdad notoria, de la que no son responsables ni causantes los oficiales. Sevilla, Madrid, Barcelona, Bilbao, Valencia y otras muchas capitales, imponen gastos incomparablemente mayores que ciertas poblaciones de tercero y cuarto orden, y las instrucciones, ejercicios, paseos militares, etc., que en estas últimas pueden hacerse sin notorio sacrificio, envuelven un verdadero desequilibrio económico en aquellas otras capitales, por lo que no solo esta cuestión interesa á las personas sino que influye también en el servicio y en la instrucción general de las tropas.

No poco puede decirse también de las gratificaciones de industria militar, profesorado, etc.; su conveniencia y justificación están fuera de toda duda, pero ello no obstante resulta que los servicios apartados del mando de tropas están más retribuidos que los destinos en cuerpo activo. Es claro que para muchos ó todos de los destinos que llevan consigo una gra-

tificación suplementaria, se requieren aptitudes especiales y quedar sujeto el aspirante á una propuesta más ó menos rigurosa, aptitudes y propuesta que no son menester para obtener un mando activo. Esto es otro error de nuestras costumbres, porque en buena lógica, reconocida en todos los ejércitos que figuran como modelos, no hay destino más importante, ni de mayor trascendencia que el que lleva aparejado el mando efectivo de tropas. Obrar de otro modo es perder de vista la misión capital y especialísima del ejército, la misión á la que debe precisamente su existencia. La aptitud es justo y equitativo que sea recompensada, pero no es menos justo y equitativo que se recompense también el mando, con tanto mayor motivo porque este mando supone un mayor deterioro de uniforme, gastos extraordinarios, á menudo responsabilidades administrativas, y una mayor dejación de la propia autonomía é independencia. Se arguirá tal vez que para esto se conceden las gratificaciones de mando á los capitanes y primeros jefes de cuerpo, lo cual es cabalmente un argumento para pedir que obtengan gratificación por el mismo concepto los demás jefes y oficiales que están en cuerpos activos, pues la actual situación es verdaderamente injustificada y no tiene otra explicación que la de procurar por medios indirectos el aumento de sueldos á algunas clases.

Las indemnizaciones por comisiones extraordinarias del servicio, se prestan de la misma manera á las desigualdades que nos ocupan. Mientras en unos casos se conceden sumas relativamente elevadas para comisiones en el extranjero, y en otros se otorgan por servicios puramente voluntarios y que además tienen el aliciente de obtener algún premio, no faltan muchos oficiales á los que se tardan años y años en pagárseles las cantidades á que tienen derecho y han acreditado por servicios realmente extraordinarios.

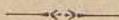
Por consiguiente, si fuéramos ahondando en todas estas cosas, llegaríamos siempre al mismo resultado: la escasez de los sueldos da lugar á una multiplicidad de suplementos de gastos, cuya ventaja queda concentrada en pocas personas y no llega á la generalidad del ejército, comprobándose que por no gastar de una vez todo lo necesario hay que abrir puertas suplementarias que no remedian el estado de real penuria de las clases militares. Sólo el capitulo de cruces daría lugar, si se le acometiera resueltamente, á una casi resolución del problema.

En resolución, si se suman las cantidades que por razones diversas se entregan al personal y se distribuyen luego uniformemente entre todos, teniendo en cuenta los sueldos reguladores de cada empleo, se verá que cabría aumentar los sueldos de la generalidad á expensas de una disminución en algunos; pero como los que disfrutan estos últimos no gozan siempre de los destinos que llevan anejo un suplemento especial, resultaría á la postre que todo el ejército saldría beneficiado. Si la atención se fijara más en el mando ordinario de tropas, base de la eficiencia del ejér-

reito, que en los destinos especiales, seguramente se acometería este problema y seguramente también costaría poco llegar á una solución satisfactoria. Ella se ha de fundar necesariamente en el principio de que en el ejército lo esencial no son las especialidades, ni la aptitud de unos pocos, sino la aptitud de la generalidad y el buen funcionamiento de los servicios de tropas. Estos no deben formar lo que podríamos llamar el montón, sino constituir lo que efectivamente son, el nervio, el fundamento la fuerza del ejército, y todo lo demás debe supeditarse á los mismos. En compensación, queden como ahora están ó aumenteseles menos, los sueldos del personal que se entrega á labores sedentarias, que ni por su relativamente escasa importancia, ni por la vida normal y regular que permiten llevar pueden compararse desde el punto de vista de los gastos que llevan aparejados, con los verdaderamente activos ó sea de las tropas de primera línea, con sus servicios y auxiliares indispensables, como Academias, fábricas, ciertos centros, etc., que deben equipararse para todos los efectos con los de mando de tropas.

Aumento de sueldos, mayor igualdad en la distribución de los mismos—lo cual contribuirá en gran manera y de poderoso modo á conseguir lo primero—y gratificación de residencia, son las bases en que ha de fundamentarse la resolución definitiva de tan complicado y urgente cuestión, tendiéndose á suprimir las diferencias y desigualdades, que solo han de quedar reducidas á una: la de separar, para estos efectos, el ejército de primera línea de todos los servicios y destinos que de hecho ó de derecho pertenezcan al ejército de segunda línea y á las reservas.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA



CONSUMO, DOTACIÓN Y ABASTECIMIENTO DE MUNICIONES DE LA ARTILLERÍA DE CAMPAÑA

Bajo este título ha publicado la *Rivista di Artiglieria e Genio* un interesante artículo, del que á continuación damos un extenso extracto.

Del examen del consumo de municiones en la guerra ruso-japonesa y en las principales campañas posteriores á 1864, se deduce:

- 1.º que el consumo ha aumentado á la par que la velocidad de tiro;
- 2.º que el consumo ha aumentado también con la creciente importancia táctica asignada á la artillería, y con su más amplio y racional empleo.

Otros factores han intervenido, y entre ellos los más importantes son:

- 1.º en razón de la mayor facilidad con que se efectúa el servicio de la pieza, la duración de la resistencia de una batería ha aumentado; para re-

ducir al silencio una batería moderna, aunque solo sea para ponerla momentáneamente fuera de combate, es menester hoy consumir mayor cantidad de municiones que tiempo atrás, así como para mantener una pieza en acción basta disponer de menos personal que antes;

2.º la adopción de los escudos ha reducido muchísimo la parte vulnerable de una pieza; se necesita; pues, mayor consumo de municiones para obtener efectos destructores sobre una pieza;

3.º el aumento del alcance obliga á la infantería á iniciar el ataque desde más lejos; de aquí que se requiera más tiempo para desarrollar el ataque, y por consiguiente se gasten más municiones;

4.º la mayor eficacia del fuego de artillería permite á esta arma valerse más de las posiciones cubiertas; la artillería llega á sus posiciones extremando sus esfuerzos para marchar á cubierto, y, una vez llegada, apura los medios para no ser vencida; la poca visibilidad de los objetivos, hace necesario cubrir de proyectiles todo el terreno;

5.º la dificultad de descubrir los objetivos induce á aprovechar los momentos favorables en que se descubren, para batirlos violentamente;

6.º la mayor duración del combate, debida á diferentes causas, provoca un mayor consumo de municiones.

Estudiemos, con la ayuda de la historia militar, algunos de los datos tomados de las últimas guerras, teniendo en cuenta los factores anteriores.

En Wafangú, el 14 de junio de 1904, tres baterías de la 9.ª brigada de tiradores de la Siberia Oriental, no dispararon más que 1016 tiros ó sea 42 por pieza; pero ellas tomaron poca parte en la acción, no fueron batidas por la artillería japonesa, y tendían á su frente objetivos muy poco visibles. En la batalla de Takichao, 24 de julio de 1904, la 2.ª batería de la citada brigada de artillería, disparó 4178 proyectiles, dando el enorme consumo de 522 por pieza, el máximo de toda la campaña. La batería, junto con otra del mismo grupo, sostuvo el fuego desde las 5 de la mañana hasta las 9 de la noche, frente á 13 baterías japonesas. Las dos baterías, y más tarde una tercera, llegada en su apoyo á las 4 de la tarde, consiguieron con su fuego impedir todas las tentativas de avance de la artillería japonesa, pusieron fuera de combate dos baterías enemigas y tuvieron en jaque á todas las demás durante la jornada entera, consiguiendo que el primer cuerpo siberiano, que ocupaba aquel sector, solo tuviera 50 bajas. Un comandante de destacamento japonés declaró, después de la batalla, que creía haber tenido á su frente cien cañones rusos.

En la misma batalla, la 3.ª batería de la 1.ª brigada de artillería de tiradores de la Siberia oriental disparó 249 proyectiles por pieza, desde las 7 de la mañana. Encontrábanse allí siete baterías rusas contra 19 japonesas, y la lucha duró hasta las 9 de la noche sin ventaja para el atacante. Una batería japonesa, batida por las baterías rusas mencionada y por otras dos del grupo, quedó completamente destruida en pocos minutos.

El 30 de agosto, en Liao-yang, la 1.^a y 2.^a baterías de la 9.^a brigada de artillería, que tenían á su frente tropas del I y IV ejércitos japoneses, dispararon respectivamente 325 y 413 proyectiles por pieza. "Ambas baterías—dice von Tettau— estaban completamente á cubierto en el valle y además protegidas por espaldones. El comandante del grupo, coronel Sliusarenko, dirigía el tiro por medio de banderas desde un observatorio situado en una colina á la derecha y delante de las baterías. Las dos tuvieron que luchar contra un grupo de 24 piezas japonesas, las cuales en 35 minutos fueron reducidas al silencio. Entonces el coronel Sliusarenko dirigió el fuego de la 2.^a batería contra un segundo grupo de artillería japonesa, compuesto de 12 piezas, mientras la 1.^a se oponía á todas las tentativas de apertura del fuego del grupo japonés precedente. Hacia la 9 de la mañana, el segundo grupo japonés quedó á su vez reducido al silencio. Durante el resto de la jornada, las baterías rusas batieron con fuego rápido los grupos japoneses que pretendían abrir el fuego, obligándoles á callarse. A mediodía, las dos baterías tomaron como objetivo la infantería enemiga apostada en un campo de gaolián, en la vertiente opuesta del valle, á 500 metros de las trincheras del 10.^o y 11.^o regimiento de tiradores de la Siberia Oriental. Arrojada de su abrigo por un vivo fuego de shrapnel, la infantería japonesa fué batida por los tiradores y sufrió pérdidas enormes."

En cambio, tres baterías de la 9.^a brigada de artillería y otra de la 31.^a consumieron muchas menos municiones en aquella jornada. Las tres primeras dispararon respectivamente 72, 35 y 6 proyectiles por pieza. Se encontraban en el ala derecha, en el sector del 10.^o cuerpo, y tenían á su derecha las dos baterías de la misma brigada, de que antes se ha hablado. Otras baterías del mismo sector consumieron así mismo pocas municiones, lo que debe atribuirse, en parte principal, á la prudente actitud observada en aquella zona por los japoneses.

En las jornadas del 30 y 31 de agosto, la principal acción de los japoneses se dirigió contra el ala derecha y el centro de los rusos. El ala derecha estaba ocupada por el I cuerpo y el centro por el III; las 16 baterías de estos dos cuerpos consumieron 422 cartuchos por pieza.

"Las 3.^a y 4.^a baterías de la 3.^a brigada de artillería de tiradores de la Siberia Oriental—dice el coronel ruso Bielaiev—mandados por el teniente coronel Schwerin, cooperando con dos baterías de la 9.^a brigada de artillería (teniente coronel Sliusarenko), consiguieron reducir al silencio un grupo de 7 ú 8 baterías japonesas. Bajo un tiro acelerado de 10 á 15 minutos, el fuego de estas últimas se iba debilitando y haciendo irregular, hasta que cesaba durante 20 á 40 minutos, ó tal vez más.

"Otras cuatro baterías de las 3.^a y 6.^a brigadas de artillería, á las órdenes del coronel Krichtofovitsch, hicieron callar varias veces á 5 baterías enemigas, y, lo que es más importante, impidieron que la infantería japo

nesa se metiera en un claro de 3 á 4 kilómetros existente entre el ala izquierda del I cuerpo y la derecha del III, y tomara de flanco al I. Un movimiento envolvente intentado por los japoneses contra dicha ala, fracasó gracias al fuego de aquellas baterías. Apenas la infantería japonesa se presentaba en el valle, las baterías del coronel Krichtofovitsch rompian contra ella el fuego acelerado. A los pocos minutos, la infantería enemiga se dispersaba abandonando gran número de muertos.

“La artillería rusa no sufrió mucho por el fuego de la enemiga, salvo la 1.^a batería de la 3.^a brigada, contra la cual se concentró, en varias ocasiones, el tiro de 5 ó 6 baterías japonesas, entre ellas una de obuses. En el momento del fuego más intenso, en la batería rusa se contaron hasta 30 impactos de shrapnel y dos ó tres columnas de humo procedentes de la explosión de las granadas rompedoras de los obuses. La batería rusa, á pesar de haber perdido á su comandante, dos oficiales, 56 hombres y 45 caballos, continuó la acción hasta una hora avanzada de la tarde.”

El 14 y 15 de octubre—batalla del rio Sha—36 piezas de la 35.^a división dispararon como promedio 364 proyectiles el primer día y 260 el segundo. Este gran consumo de municiones se debió á que el comandante de la división carecía de reservas, y la artillería debía suplir con su fuego la falta de infantería. “El 15 de octubre, hacia las 4, los regimientos de infantería Nieyin y Morschaneck, que hacia cinco días combatían sin interrupción, que habian emprendido sin éxito dos ataques, y habian consumido todas sus municiones, se vieron amenazados por un contraataque japonés, al cual apenas pudieron resistir. Un violento fuego de la artillería japonesa obligó á los dos regimientos de infantería Voljof y Zaraisk á atrincherarse. En aquellas circunstancias, se supo que los japoneses se reunian al E. de Schalin-tse y en el valle del Sha, para intentar un ataque decisivo. No habia reservas disponibles. Para salir de una situación tan peligrosa, se decidió recurrir al grande alcance y rapidez de tiro de la artillería. En 45 minutos—de los cuales fueron necesarios 20 para recibir los partes de los observatorios laterales y juzgar los puntos de caída de los proyectiles—las siete baterías, 42 piezas de la 35.^a brigada de artillería, lanzaron 8.000 proyectiles y dispersaron completamente á las reservas japoneses. Desde aquel día los japoneses no volvieron á intentar ataques serios en la línea del Sha, y la situación del XVII cuerpo, hasta entonces peligrosa, se encontró asegurada.” Nótese que la rapidez de tiro alcanzada fué de 7.5 disparos por minuto y pieza. En los días siguientes, apenas se consumieron municiones.

Por análogas fases pasó un grupo de la 9.^a brigada de artillería en Mukden, en marzo de 1905. El día 5 disparó 87.5 tiros por pieza. Ello se debió á que los sirvientes de las piezas se vieron obligados á permanecer gran parte del día en las trincheras, para librarse del mortífero fuego de la artillería de sitio japonesa.

El día 9, el mismo grupo disparó 151 proyectiles por pieza, al cubrir la retirada rusa. Este consumo no es en realidad elevado; pero ello deriva de la circunstancia que los escalones de municiones siguieron prematuramente el movimiento de retirada, y las piezas quedaron sin proyectiles en el momento que más necesarios eran. "Ni siquiera hubieron podido hacerse tantos disparos, á no haber conseguido el grupo reunir 2.000 cartuchos de las baterías que se retiraban. Pero esas municiones no tardaron en agotarse: eran como una gota de agua para apagar un incendio."

"El 27 de febrero de 1905, dice un testigo ocular, me encontraba cerca de la 1.^a batería del 2.^o regimiento de artillería de campaña, en Inkú. La batería arrojaba shrapnels contra las trincheras ocupadas por el enemigo. Desde el observatorio de la batería el teniente Martinof observaba el tiro. Al parecer, los efectos eran magníficos, lo que, en primer lugar, era debido á la gran calma con que el comandante, coronel Sagatovski, dirigía el fuego. A cada tiro, daba las correcciones necesarias, en cuanto Martinof daba cuenta del punto de caída. La batería era batida con violento fuego por las baterías japonesas situadas cerca de Linshupú. En mi cuaderno tomé nota de los tiros disparados por la batería y de los tiros disparados por los japoneses, de diez en diez minutos, dividiendo la página por un trazo vertical y señalando á la derecha los disparos rusos y á la izquierda los japoneses. Desde las 3 á las 3 y 10, encuentro en la columna de la izquierda 17 disparos (shrapnels japoneses), con la nota de que fueron disparados más, pero no tuve tiempo para anotarlos. En la columna de la derecha, solo aparecen 4 disparos, de los cuales uno no hizo explosión por no funcionar la espoleta. A las 4 y 17, cuando la batería obtenía su mejor efecto, el fuego cesó. Maravillado por este hecho, pregunté al coronel y me respondió: porque he disparado 134 proyectiles, que era la dotación que se me ha permitido consumir. La batería preparó muy bien el ataque de infantería que tuvo lugar durante la noche: hizo cuanto pudo, y nada se le puede reprochar. Pero es indudable que si hubiera continuado el fuego, el enemigo recibiera daños mucho mayores. No creo que la necesidad de la economía en el consumo de municiones pueda justificar tal obstáculo á la iniciativa."

Contra este caso de economía exagerada, pueden presentarse otros de derroche innecesario. Durante la acción del 31 de agosto (batalla de Liao-yang) una batería rusa disparó entre tres horas 2.500 shrapnels, tirando contra un valle en que no había un solo enemigo, cubriendo así de proyectiles un terreno insuficientemente reconocido.

El consumo de municiones de la batería austriaca en Oeversee, el 6 de febrero de 1864—46. 5 disparos por pieza—representa una cifra bastante

elevada, si se tiene en cuenta la escasa rapidez de tiro del material de aquella época y la breve duración del combate. Esa batería se encontraba sola con la brigada austriaca que debía seguir á los daneses en retirada hacia el N., había de intervenir desde el primer momento para iniciar el ataque y sostenerlo. No tuvo frente á sí más que dos piezas enemigas, reducidas en breve al silencio, pero hubo de sostener todo el peso que incumbió á la artillería durante el desarrollo de un combate.

Durante la guerra de 1866, la artillería austriaca consumió doble cantidad de municiones que la prusiana. Este hecho es tanto más notable, porque la artillería prusiana poseía ya un buen número de cañones de retrocarga, mientras que las piezas austriacas se cargaban por la boca. Se explica la diferencia en el consumo de municiones, por el diferente empleo que los dos ejércitos hicieron de la artillería. Los austriacos ponían en posición desde el primer momento todas las piezas que poseían, las cuales aguantaban impávidas el fuego de la infantería; en las retiradas, se sacrificaban para proteger á las otras armas. Los prusianos hacían entrar poco á poco en acción su artillería, por encontrarse ésta detrás de las columnas de marcha y porque en realidad las grandes fracciones de artillería eran consideradas como reservas; además, temían perder las piezas, se replegaban para reabastecerse de municiones, evitaban el fuego de infantería y no se acercaban á las distancias decisivas.

En 1866, la media del consumo por pieza y día de la artillería prusiana fué apenas de 57 disparos; en 1870-71 subió á 251. Esto no debe atribuirse á mayor rapidez de tiro del material, que era el mismo de la campaña anterior, sino al mejor empleo de la artillería. "En los cuatro años de 1866 á 1870, la artillería alemana no sólo estudió á fondo las enseñanzas de la campaña de 1866 y las lecciones recibidas de su adversario, sino que las puso en práctica, de modo que en la campaña de 1870, desempeñó una parte importantísima y acaso decisiva en los hechos tácticos."

La 2.^a batería á caballo del III cuerpo fué la que con la 6.^a división de caballería, el 16 agosto de 1870, abrió por primera vez el fuego contra los franceses; que ocupaban Flavigny, y tuvo que retirarse con la caballería hasta la linde N. del bosque de Gaumont. En el resto de la acción, formó parte de la masa de artillería reunida al S. E. de Flavigny, á derecha é izquierda del camino de Rézonville, cuyo fuego permitió al ala derecha alemana (III cuerpo) sostenerse, aun sin reservas; consumió 130 proyectiles por pieza.

Las 1.^a y 2.^a baterías ligeras y las 1.^a y 2.^a pesadas del III cuerpo constituían, el 16 de agosto, la artillería divisionaria de la 5.^a división de infantería, que formó hasta la noche el ala derecha alemana. La 1.^a batería ligera y 1.^a pesada estaban en posición inmediatamente á la derecha de la línea de artillería antes indicada, y las otras dos, con dos baterías del X cuerpo, formaron un grupo más alejado y más á la derecha, cerca

de la linde O. del bosque de Vionville. Las baterías contuvieron los ataques de la Guardia francesa y apoyaron á la infantería de la 5.^a división, hasta que llegaron refuerzos que impidieron fuera deshecha aquella ala.

La 3.^a batería á caballo y la 3.^a pesada formaban parte del III cuerpo en Vionville-Mars la Tour, y estaban situadas en la línea de artillería á lo largo del camino de Gorze á Flavigny. Abrieron el fuego á las 10 de la mañana, luchando algún tiempo contra la artillería del 6.^o cuerpo y la de la Guardia francesa. El consumo de las municiones fué respectivamente de 194 y 130 disparos por pieza, lo que demuestra cuan vigorosa y tenaz fué su intervención.

La cifra de 94 disparos por pieza arrojados por los 90 cañones de la Guardia prusiana durante la terrible jornada de Gravelotte-Saint Privat (19 de agosto de 1870) quizás parezca pequeña. Pero si se tiene presente que esa artillería entró en acción á la una de la tarde y que no pudo llenar hasta el fin su cometido, consistente en la preparación del ataque á Saint Privat, porque no se le dió aviso del asalto, que vió interrumpido su fuego por haberse puesto delante su infantería, y que hubo de cambiar más de una vez de posición, se concluirá que ejerció una acción muy vigorosa.

Mayor fué el número de proyectiles disparados en aquella batalla por la artillería del IX cuerpo: 108 disparos como promedio, y 161 por las 1.^a y 2.^a baterías ligeras. Esta artillería, marchando en gran parte á vanguardia de su infantería, puso en posición 54 piezas, á mediodía, bajo un violento fuego de infantería y artillería; además, desplegó en una dirección falsa, entre Vernéville y el bosque de la Cusse. Tuvo que defenderse contra una serie de enérgicos ataques de infantería, y en su ala izquierda fué blanco de un vigoroso fuego de ametralladoras. Una parte de la artillería hubo de replegarse, abandonando varias piezas. A los dos y media, el ala izquierda no pudo resistir más el fuego mortífero del adversario. Sucesivamente, se replegaron las baterías detrás del bosque de la Cusse. Solo tres baterías quedaron en fuego, entre ellas la 1.^a y 2.^a citadas, que fueron las que consumieron más municiones.

En la misma jornada, la batería de ametralladoras de la división Cissey y una batería del II cuerpo francés, dispararon 270 y 73 proyectiles por pieza. La batería de ametralladoras abrió el fuego á mediodía, con las otras dos de la misma división, al O. de la vía férrea en construcción Amanvillers-Habonville. Poco después de romper el tiro la artillería del IX cuerpo, abrieron el suyo las ametralladoras contra cinco baterías de la división del Hesse que desplegaba en el bosque de la Cusse. Cuando, á las tres, se retiraron temporalmente las otras dos baterías, las ametralladoras continuaron solas en posición. Entre 4 y 4 y media, las tres baterías reabastecidas, reanudaron el tiro, quedando en posición hasta las 7 y media de la tarde, bajo el fuego de las baterías del III cuerpo y de la Guardia prusiana. Por falta de caballos, la batería de ametralladoras abandonó tres

cajones. Se lee en la relación de la batalla: "La lucha comenzó con un largo combate de artillería, cuyo efectos se vió obligada á soportar pasivamente la división Cissey. Hasta las 4 y media de la tarde, la batalla fué una serie de esfuerzos de nuestra arillería para contrabatar á la enemiga., Las otras dos baterías dispararon respectivamente 151 y 96 tiros por pieza.

Una batería del II cuerpo francés, división Vergé, cuyo consumo de municiones fué de 73 proyectiles por pieza, se encontraba á mediodía, con las otras dos de la misma división y una de la reserva de artillería de cuerpo de ejército, en los atrincheramientos de Point du Jour, á lo largo del camino de Saint Hubert. Desde allí se veían perfectamente los movimientos de las columnas del VII cuerpo prusiano detrás de los bosques de Ognons y Gravelotte. Nada se hizo para impedirlos. Poco después del mediodía, las baterías prusianas se colocaron en posición entre Malmaison y Gravelotte; los franceses no abrieron el fuego hasta después de haber comenzado el suyo los alemanes, que disponían de 11 baterías del VIII cuerpo y 7 del VII. El fuego fué bastante violento, pero de poco efecto por ambas partes. Las baterías francesas estaban protegidas por sus atrincheramientos y las alemanas tenían de su parte las ventajas de la posición y superioridad balística. Aunque habían recibido poco daño, las baterías francesas se replegaron á la 1 y media.

La notable diferencia entre la actitud de la artillería de la división Cissey y la de la división Vergé, explica la diferencia en el consumo de municiones.

Las cifras expuestas demuestran:

- a Que la artillería fué empleada con mayor impulso en la campaña de 1870 por los dos beligerante, que en la de 1866 por los prusianos;
- b Que tal impulso fué más enérgico por parte de los alemanes que por parte de los franceses;
- c Que la actitud de menor energía demostrada por los franceses se debe en gran parte atribuir á la inferioridad de su material y de sus municiones.

(Concluirá)



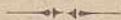
REGLAS SOBRE EL USO DE LOS AEROPLANOS

En un interesante trabajo sobre el empleo de los aeroplanos en la guerra, el capitán de aerosteros inglés Mr. C. T. Burke recuerda los buenos resultados obtenidos con los aeroplanos durante las maniobras francesas de 1910. Los observadores fueron todos oficiales, pero no siempre de Estado Mayor, y recogieron datos y noticias exactas y de utilidad. La dirección del aeroplano es compatible con la observación, á condición de que el personal esté bien instruido y adiestrado. En cierta ocasión, después de una larga marcha, una columna francesa se detuvo en un punto para acampar y pasar allí la noche; pero poco después de ponerse el sol pasó un aeroplano sobre el campo; el jefe de la columna ordenó entonces que sus tropas se pusieran en movimiento después de cerrada la noche, y trasladó su campamento á doce kilómetros de distancia; esto dió lugar á quejas y disgusto por parte de la tropa, lo que atestigua los desmoralizadores resultados que pueden encender los aeroplanos en la guerra. En cambio, en otros experimentos llevados á cabo en América del Norte, las máquinas, dirigidas por excelentes pilotos, pero mal instruidos observadores, apenas dieron resultados prácticos, porque las noticias recogidas fueron escasas y de poco valor, y además los aeroplanos se elevaron poco, algunos á menos de 200 metros, lo que les hubiera expuesto á los tiros eficaces del enemigo.

El capitán Burke resume como sigue las conclusiones de su estudio:

- 1.º Desde el punto de vista militar el observador es la persona más importante.
- 2.º Si los observadores no son prácticos pueden recoger noticias falsas ó incorrectas.
- 3.º El observador ha de ser capaz de dirigir el aeroplano en caso de necesidad.
- 4.º Los pilotos y observadores han de mantenerse en el aire todo el tiempo posible.
- 5.º La práctica de la observación debe formar parte de los cursos de la Escuela de Estado Mayor.
- 6.º Es necesario poseer el conocimiento de lo que se ve y puede verse desde un aeroplano.
- 7.º Durante las maniobras de paz no deben efectuarse reconocimientos para adquirir noticias á menos de 600 metros de altura; esto puede saberse por medio de un barómetro.
- 8.º Ha de procurarse aumentar el conocimiento del alto mando con respecto á la nueva máquina de guerra.
- 9.º Las unidades de aeroplanos deben formar parte en tiempo de paz de sus organizaciones de guerra.

10. Todas las máquinas militares han de poder llevar dos tripulantes.
11. Debe comenzar desde luego el armamento de los aeroplanos.



LA INFANTERÍA MONTADA EN INGLATERRA

Inglaterra es la única potencia europea que ha llevado al terreno de los hechos la infantería montada, sin duda con vistas á las guerras coloniales, que son las que más frecuentemente habrá de sostener.

Pero por el momento reserva la organización efectiva para el tiempo de guerra, aunque lo tiene todo preparado para crear las nuevas unidades sin pérdida de tiempo.

Un batallón de infantería montada se compone de tres compañías, de 6 oficiales, 153 clases é individuos de tropa y 166 caballos cada una; y una sección de dos ametralladoras de 7, 7 milímetros, Maxim, con un oficial, 24 hombres y 33 caballos. En total, el batallón consta de 25 jefes y oficiales, 527 hombres, 591 caballos 12 ametralladoras.

El tren de combate afecta á cada batallón, se compone de dos escalones; el 1.º tiene cuatro carros de municiones para las ametralladoras, tres carros de municiones, cuatro carruajes con material diverso, un carro de sanidad, ocho bicicletas y 19 caballos de reserva; el 2.º escalón tiene un carruaje para transportar agua, siete carros de bagajes, víveres y material de campamento; en total, 20 carruajes, 90 caballos y 8 bicicletas.

Para pertenecer á un batallón de infantería montada es menester haber seguido los cursos especiales de la Escuela de Longmoor, que duran cuatro meses, y á los que son destinados cierto número de hombres por batallón de infantería, elegidos entre los tiradores de segunda clase, que no excedan de treinta años de edad y no pasen de un determinado peso.

En caso de movilización, cada cuerpo de ejército expedicionario dispondrá de uno ó dos batallones de infantería montada; y cada división mixta, una ó dos compañías. El cometido principal de la infantería montada es el desempeño de los servicios de reconocimiento y exploración en terreno accidentado ó cuando no se disponga de caballería divisionaria.

